

DE LA PALABRA HABLADA A LA PALABRA ESCRITA LAS PRIMERAS GRAMÁTICAS DEL NÁHUATL

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA

Entre las grandes transformaciones que se produjeron en el siglo XVI hubo una de especial importancia en el campo de las humanidades: la codificación de las lenguas vulgares del occidente de Europa. Todo empezó en 1492, año del descubrimiento de un nuevo continente y año de la primera gramática de una lengua vulgar, la de Elio Antonio de Nebrija. En realidad, la codificación de la lengua castellana era un paso más en el proceso de grandes logros del humanismo renacentista. En este proceso el descubrimiento de la imprenta fue factor decisivo para que, antes o después, los nuevos textos impresos que llegaban a las manos de muchos, fueran sometidos a un código de reglas como lo habían hecho los gramáticos de la Antigüedad y de la Edad Media con los escritos griegos y latinos.

A lo largo del siglo XVI los humanistas del Renacimiento codificaron la mayor parte de las lenguas indoeuropeas y con ello se sentaron las bases de la lingüística moderna. Después de la *Gramática castellana* de Nebrija surgieron las de las lenguas hermanas: la italiana en 1529 hecha por Giorgio Trissino; la portuguesa, en 1536, debida a Fernando de Oliveira; la francesa, en 1550, de Louis Meigret. Poco después las de sus primas, la lengua alemana, 1573, de Alberto Oelinger y la inglesa, 1586, de William Bullokar. De manera que para fines del siglo XVI, las principales lenguas europeas estaban “debaxo de arte”, según la expresión de Nebrija.

Podríamos decir que algo parecido sucedió en el Nuevo Mundo. Aquí, un grupo de misioneros, movidos por la utopía de la fe, es decir por el anhelo de construir una nueva cristiandad, se entregaron a la difícil tarea de aprender la palabra de aquellos a los que necesitaban convertir. Esta tarea los llevó a elaborar apuntes de gramáticas en las principales lenguas de Mesoamérica y del mundo Andino. Pronto, los apuntes fueron haciéndose grandes y cuajaron en gramáticas y vocabularios. El logro fue tal que para fines de siglo

las principales lenguas amerindias estaban “debaxo de arte”; hoy podemos afirmar que la utopía de la fe estuvo acompañada por la utopía de las lenguas. Las gramáticas y los vocabularios, facilitaron un logro de importancia trascendental para el humanismo de todos los tiempos: el paso de las lenguas habladas a las lenguas escritas y el nacimiento de un número infinito de escritos variados; con ellos se logró la conservación de la palabra y la memoria de muchas comunidades americanas. Por vez primera en la historia el estudio de un universo de lenguas radicalmente diferentes a las conocidas enriquecía el campo de la lingüística descriptiva y daba paso a una naciente filología en América.

El aprecio por la palabra: la utopía de la lengua

Como es bien sabido en 1523 se asentaron los primeros misioneros en la región central de México decididos a ganar estas tierras para el Evangelio. En ese mismo año, fray Pedro de Gante fundó la primera escuela en Tezcoco y un año después, en la ciudad de México. En 1524 llegaron los famosos doce, dispuestos a hacer realidad la utopía imaginada por Joaquín de Fiore en la que la pobreza y la caridad darían al Evangelio su verdadera dimensión y a los hombres un sentido trascendente.¹

Ahora bien, la utopía de la fe se cimentaba en la evangelización y ésta, a su vez, en la palabra. La palabra era el único camino para que el mensaje cristiano pudiera ser comunicado a los otros; sólo por la palabra este mensaje penetraría en los corazones y en las conciencias. Fray Alonso de Molina lo expresa con sencillez en el “Prólogo” de su *Vocabulario* de 1555 cuando dice que “la piedad cristiana” se topa con la falta de la lengua para la conversión de los naturales, “para gobernarlos, regirlos y hacerles justicia”. Advierte además que la dependencia de los nahuatlato no resuelve el problema de la buena comunicación en asuntos tan importantes como son los del espíritu porque, dice él, “muchas veces, aunque el agua sea limpia y clara, los arcaduzes por donde passa, la haze turbia”. Tal vez con esta metáfora, Molina quiso advertir a sus lectores que era indispensable aprender lenguas.

Las consideraciones de fray Alonso muestran su gran preocupa-

¹ Sobre los afanes de los franciscanos por construir una Cristiandad inmaculada se han escrito varios libros. Recordaré aquí el de John Fellan. *El reino milenar de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, 1972, y el de Georges Baudot *Utopía e historia en México*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

ción por el estado de desgracia que sobrevino a raíz de la confusión de hombres y lenguas según el relato de la torre de Babel. Piensa él que sólo aprendiendo lenguas, el hombre podrá recuperar su natural don de entendimiento de la palabra universal; solo así podrá romperse el castigo que sobrevino a la humanidad como consecuencia de la soberbia que anidó en el corazón de los que quisieron construir la torre bíblica.

El estudio de las lenguas adquiriría, desde esta perspectiva, un significado trascendente para el futuro del hombre ya que ayudaría a borrar el infame pecado de la soberbia restableciendo la “piedad cristiana” y la comunicación de los hombres por medio de la palabra salvadora, el Evangelio de Cristo.

Pero, además de la mística religiosa y del imperativo de aprender lenguas, muchos de los que llegaron venían inmersos en el humanismo renacentista que soplaba en España desde el reinado de los Reyes Católicos. Los estudios de latinidad tenían una presencia viva en los programas universitarios y en los conventos de religiosos. Al mismo tiempo que las prensas de Salamanca y Alcalá imprimían a los clásicos, las doctrinas de Erasmo se difundían a través de los frecuentes tirajes de sus obras salidas de los talleres del complutense Miguel de Eguía. Entre los muchos lectores del humanista holandés en la España del siglo XVI hubo uno de excepcional calidad. Me refiero al primer arzobispo de México, fray Juan de Zumárraga “lector empedernido de Erasmo” según Marcel Bataillon.² En 1528 Zumárraga llegó a la Nueva España con un grupo de franciscanos y con los libros del humanista de Rotterdam.

En este contexto de aprecio por las lenguas y de espíritu humanista se forjó un ambiente de comprensión por algunas de las creaciones del México antiguo, particularmente por la “retórica y filosofía moral”³ contenida en los discursos de los viejos, los *huehueh-tlahtolli*. Tal capacidad de aprecio por la palabra como uno de los grandes dones del hombre, favoreció la pervivencia de la lengua náhuatl en un espacio desquiciado por la Conquista y frente a una lengua en plena expansión, el español.

² Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 825.

³ Este fue el título que fray Bernardino de Sahagún dio a la colección de *huehueh-tlahtolli* que recogió en 1547 y que luego incluyó en el libro VI de su *Historia general de las cosas de Nueva España*. Antes que él su hermano de orden fray Andrés de Olmos ya había recogido otro repertorio de *huehueh-tlahtolli*, publicados más tarde, en 1600, por fray Juan Bautista.

Temprana aceptación de la escritura alfabética: las escuelas franciscanas

Ahora bien, el aprecio por la palabra como instrumento indispensable de evangelización y como fuente de "filosofía moral", era sólo una actitud, un punto de partida. Pero la conquista de la lengua, la posesión de esa palabra, estuvo precedida de una etapa difícil en la que los esfuerzos para lograr una buena comunicación con los nahuas eran desalentadores. Sólo por intérprete se podía predicar y como dice fray Alonso en el "Prólogo" citado, los "arcaduzes por donde el agua passa la haze turbia". Bien sabía él, que había sido nahuatlahto desde niño, lo riesgoso que es la dependencia de un traductor en las cosas de la fe.

Fray Jerónimo de Mendieta, el primer cronista de la orden franciscana, dedica varios capítulos de su obra, la *Historia eclesiástica indiana* a describir los esfuerzos que hicieron sus hermanos para aprender el náhuatl, la lengua que les abriría las puertas de la Nueva España. Cuenta él con su tono providencialista, que, al llegar los doce, fray Martín de Valencia reunió a todos los franciscanos, 17 en total. Después de orar y poner en manos de Dios la tarea que les esperaba en esta nueva viña del Señor, hizo cuatro grupos y los repartió: México, Tezcoco, Tlaxcala y Guaxozingo. Así repartidos, empezaron a enseñar la doctrina en latín. Pero con "poco fruto", señala Mendieta, pues "ni los indios entendían en latín... ni los frailes podían hacer nada, pues no sabían la lengua". Entonces, acudieron a la bondad de Dios y Dios les inspiró: "que se volvieran como niños y jugaran con ellos. Y traían papel y tinta, y oyendo el vocablo, los frailes lo escribían. Y después se juntaban los religiosos y se comunicaban su aprendizaje".⁴

El resultado de este método fue sorprendente. "Al cabo de medio año que estos apostólicos varones habían llegado", prosigue Mendieta, "hubo dos que hablaban la lengua: fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Ximénez".⁵ En realidad, el método, aparentemente simple, era muy completo pues incluía una doble vertiente: por una parte, los misioneros aprendían palabra por palabra y elaboraban los primeros glosarios y esbozos de gramáticas; por la otra, los niños nahuas que asistían a las escuelas, además de estudiar español y doctrina, enseñaban su lengua a sus maestros. Está claro que en las escuelas franciscanas se realizó una labor comunitaria de

⁴ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*. La publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, p. 219-220.

⁵ *Ibid.* p. 224.

maestros y alumnos en lo referente al aprendizaje de las dos lenguas, el español y el náhuatl. Pero además, con el aprendizaje de las lenguas, se establecía un contacto humano y un puente cultural entre dos pueblos radicalmente diferentes.

Importante es resaltar que para la enseñanza de ambas lenguas desde el principio se utilizó la escritura alfabética, es decir que antes de que la lengua se codificara en un molde gramatical, en las escuelas se estaba reduciendo la lengua hablada a una grafía tomando como base la del castellano que ya en aquella época había alcanzado una buena correspondencia entre fonema y grafema.

Los resultados no se hicieron esperar. Y es de nuevo Mendieta quien nos dice que los alumnos "comenzaron a escribir en su lengua y a entenderse y tratarse con cartas como nosotros... y se fueron haciendo muy grandes escribanos de todas letras, chicas y grandes, quebradas y góticas"⁶ También su hermano de orden, Motolinía, habla de la capacidad de los niños: "deprendieron a leer brevemente assi en romance como en latín y de tirado y letra de mano"⁷ Tenemos un documento que se conserva en el Archivo de Indias en el que se describe de una manera muy plástica, el ambiente de las escuelas franciscanas. Es una probanza a favor de fray Juan de Zumárraga difamado por Nuño Beltrán de Guzmán y los miembros de la Primera Audiencia.⁸ En ella se recoge la respuesta de treinta y ocho testigos acerca de la pregunta sobre "si los dichos religiosos an trabajado de aprender la lengua de la tierra y an fecho arte". Todas las respuestas son favorables a las tareas de los franciscanos, a que saben la lengua e interpretan el sentir de los indios. Oigamos una, la del comendador Leonel de Cervantes

que este testigo a visto a los dichos religiosos el arte que an fecho para aprender la lengua... e que ha visto que los dichos religiosos tienen en el monasterio desta cibdad de México e este testigo los contó un día quynientos e setenta mochachos... e ansy mysmo a visto mucho número dellos en las casas de Tezcuco e Cuernavaca e que... a oido dezir que ansy los ay en las demas casas... e que algunos de ellos saben muy bien leer e escrevir.

En suma, en las primeras décadas de vida de la Nueva España el

⁶ *Ibid.* p. 410-411.

⁷ Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los indios de Nueva España*, incluida en la *Colección de documentos para la Historia de México* de Joaquín García Icazbalceta, México, 1858, v. I, p. 209.

⁸ El documento ha sido publicado por Francisco Morales, O.F.M., en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, v. 23, p. 76.

náhuatl se redujo a lengua escrita con el alfabeto latino y con una grafía propia que serviría de soporte a documentos de toda índole. Tal logro, que precedió a la codificación gramatical, comenzó en 1523 en Tezcoco con fray Pedro de Gante. Al año siguiente este mismo franciscano y su paisano, fray Juan de Tecto abrían escuela en la ciudad de México, en plena reconstrucción. A partir de 1527 fray Martín de Valencia enseñaba a los niños de Tlaxcala y Huexotzingo “desde el A B C hasta leer por latín”.⁹ Por esos mismos años se organizaba la quinta escuela, la de Cuernavaca, a cargo de fray Diego de Almonte. Y, poco a poco, se creaban otras en lugares más alejados, como la de Hueytlalpan, en tierra totonaca, abierta en 1540 por fray Andrés de Olmos y fray Juan de Herrera.¹⁰

Muy pronto, algunos de los jóvenes que en ellas se habían formado, al llegar a sus comunidades empezaron a escribir. Unos lo hicieron para recoger la memoria histórica de su comunidad: otros para tener una forma de vida como escribanos públicos. Los papeles de todos ellos son hoy para nosotros el testimonio del despertar de una filología náhuatl tan valiosa como nueva, aunque heredera de una vieja tradición oral y pictográfica.

Los primeros textos nahuas en escritura alfabética

El tránsito de la lengua hablada a la escrita es, para filólogos y lingüistas, un momento de particular interés. Los 24 años que corren entre 1523, fecha de la primera escuela y 1547, año del primer tratado gramatical, son una etapa en la que se consolida el náhuatl escrito y comienza el proceso de fijación y unificación de esta lengua. Es lo que Nebrija, en su célebre prólogo de la *Gramática Castellana* define como “quedar en un tenor e estenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir como se a hecho en la lengua griega e latina, las cuales... todavía quedan en una uniformidad”.

Conocemos los nombres de los franciscanos que enseñaron en las escuelas, algunos de los cuales, como veremos, fueron también autores de escritos en náhuatl. No sucede igual con los jóvenes alumnos que nos han dejado prueba de su dominio de la lengua escrita aunque no conocemos sus nombres. Unos y otros, en verdad, facilitaron la codificación gramatical lograda por fray Andrés de Olmos,

⁹ Fray Jerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 606.

¹⁰ Una visión de conjunto de estas primeras escuelas franciscanas la ofrece Lino Gómez Canedo en su obra *La educación de los marginados durante la época colonial*, México, Editorial Porrúa, 1982, 12 y sigs.

fray Alonso de Molina y el Padre Antonio del Rincón. Pero, antes de hablar de estos tres gramáticos, haré una breve descripción de los primeros textos en náhuatl, que constituyen un tempranísimo *corpus de documentos escritos con el alfabeto latino*. En vista de que podría hacerse tal descripción según varios criterios aquí me limitaré a analizarlos con brevedad siguiendo una secuencia cronológica.

El más antiguo es el *Manuscrito de 1528*, llamado también *Unos annales históricos de la nación mexicana* o *Annales de Tlatelolco*. Escrito en papel de amate es un testimonio de rescate histórico en el que se quiso dejar para siempre la memoria de Tlatelolco y Tenochtitlan y el relato de la Conquista. Señala León-Portilla que “es el más temprano testimonio de la Visión de los vencidos; con él nació una nueva forma de literatura indígena”¹¹ La importancia lingüística de este documento salta a la vista si pensamos que está redactado en náhuatl elegante, *tecpillatolli* y que ya en él aparece bien segmentada la lengua con la palabra-frase correctamente estructurada.

Tres años después, en 1531, se elaboró en Tlaxcala un bello manuscrito en papel europeo que puede ser considerado como un paradigma de escritura mixta, es decir pictográfica y alfabética. Se conoce con el nombre de *Códice de Cueltlaxcohuapa* o *Códice de la Introducción de la justicia en Tlaxcala*. En él se relata el momento en que los nuevos escribanos nahuas, los *amoxtlacuiloque*, se presentan ante fray Martín de Valencia para que el franciscano consiga de los señores de Tlaxcala que su trabajo sea remunerado. Su valor histórico-lingüístico es capital ya que en él está documentado el momento en que los nuevos escribanos, como grupo, poseen ya un dominio de la escritura digno de ser reconocido por las autoridades.¹²

Otro testimonio de temprana escritura es el poema *Cihuacuiltl*, que se dice fue compuesto por Baltasar Toquezcuauihyo señor de Culhuacán en ocasión de la Pascua de 1536. Se conserva en el manuscrito de *Cantares Mexicanos*, fol. 42 v.- 43 r.

Los *Censos del Marquesado* son otro escrito importante elaborado en el Valle de Cuernavaca. Gracias al pleito suscitado entre Cortés y la Corona por la jurisdicción de los veintitrés mil vasallos, hoy disponemos de una parte del censo que nunca llegó a hacerse completo. Tales papeles corresponden al conteo que el Virrey Mendoza

¹¹ Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, p. 171.

¹² Este códice se conserva en el Archivo del Museo Nacional de Antropología e Historia. Sobre él hay varios trabajos. El último y, posiblemente, el más completo es de quien esto escribe. Se titula “El Códice de Cueltlaxcohuapan y los primeros escribanos nahuas” y será publicado en las Actas del Segundo Simposio sobre Códices que tuvo lugar en Taxco, en junio de 1994, patrocinado por el INAH.

mandó hacer en 1537; es casi seguro que los escribanos eran nahuas ya que en un primer intento de censo, en 1532, las autoridades españolas se habían servido de *pochtecas* y *amoxtlacuiloque*.¹³ Vale la pena subrayar que en esta misma década de 1530 fray Andrés de Olmos empezó a elaborar sus trabajos etnográficos, hoy perdidos, y a recoger la primera gran colección de *huehuetlahtolli* que a fines del siglo XVI, en 1600, publicó su hermano de orden, fray Juan Bautista.

Nos acercamos a 1540. En este año se elaboraron tres documentos importantes, dos con escritura mixta, el *Mapa de Oztoticpac* y el *Códice Vergara*, en la región de Tezcoco, y uno con escritura alfabética, el *Sermonario* de fray Bernardino de Sahagún. El *Mapa de Oztoticpac*, elaborado en papel de amate es un inventario de las propiedades de don Carlos Chichimecatecatl, quien fue condenado a muerte en 1539. Escrito con pinturas y glosas en náhuatl contiene datos valiosos acerca de la organización de un señorío posthispánico. Contiene también información única sobre horticultura; gracias a él sabemos que desde 1536, en Tezcoco, se habían injertado manzanas, peras, membrillos y granadas en frutales de la tierra. El *Códice Vergara*, en el que prevalece la escritura pictográfica, es un catastro de Tepetlaoztoc.¹⁴

Respecto del *Sermonario* de Sahagún, que permanece inédito en la Biblioteca Newberry de Chicago, vale la pena resaltar que es el primer escrito en náhuatl redactado por un español. Ello significa, por una parte, un gran esfuerzo de adquisición de una lengua tan distinta del castellano; por la otra, el inicio de la nueva literatura de evangelización que alcanzó un gran florecimiento en la segunda mitad del siglo XVI.

Es importante señalar que en esta década de 1540 surgen también los primeros documentos oficiales. A juzgar por el número que de ellos ha llegado hasta nosotros, tales documentos fueron muy aceptados y pronto llegaron a ser un permanente canal de comunicación entre las comunidades nahuas y la administración española. Los tres primeros que conocemos y que han sido publicados

¹³ Fue el mismo Virrey Mendoza quien dirigió el conteo. Vid. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990. p. 643. Estos censos se conservan en el Archivo del M.N.A.H. y han sido publicados por Pedro Carrasco e Ismael Díaz Cadena, quienes los han traducido al español y por Eike Hinz, con versión al alemán.

¹⁴ El *Códice de Oztoticpac* se guarda en la Biblioteca del Congreso de Washington. Sobre él existe un trabajo de Howard F. Cline, "The Oztoticpac Lands Map of Texcoco, 1540", *The Quarterly Journal of the Library of Congress*, April, 1966, v. 23, n. 2, p. 73-115.

Sobre el *Códice Vergara*, que se guarda en la Biblioteca Nacional de París, existen varios trabajos de Bárbara Williams y Herbert Harvey.

proviene de Tlaxcala, ciudad en la que hemos visto, existió escuela desde 1527. Los describiré brevemente: el primero, de 1545, es una lista de precios del tianguiz de Tlaxcala hecha por un visitador para remediar el desorden existente;¹⁵ el segundo, de 1547, es un Acta de la reunión del Cabildo de esta ciudad en la que se registran asuntos tan importantes como construir edificios públicos, hacer un sello de plata para la ciudad y la elección de gobernador, alcaldes y regidores.¹⁶ El tercero es una carta en la que los señores tlaxcaltecas se dirigen a las autoridades de Puebla de los Ángeles para anunciarles que es en esta ciudad donde entregarán el tributo de maíz.¹⁷

Por último y como colofón de este *corpus* de documentos que precede a la gramaticalización de la lengua recordaré que en 1546 se imprimió el primer texto en náhuatl que ha llegado hasta nosotros. Me refiero a la *Doctrina christiana breue traduzida en lengua mexicana* de fray Alonso de Molina. Aunque breve, contiene todas las oraciones y artículos de la fe esenciales para el cristiano.¹⁸

En resumen, ¿qué podemos derivar de este breve análisis de tempranos escritos en náhuatl aquí presentado? ¿Cuál es su significado dentro del contexto lingüístico del XVI? En primer lugar podemos señalar que en este *corpus* de documentos se puede testimoniar el paso paulatino y sin ruptura de la escritura pictográfica a la alfabética e incluso en varios de los documentos citados se puede rastrear la lectura de un códice o la pervivencia de la tradición oral. Pero además, la elaboración de tales documentos supuso un paso firme en la consolidación del náhuatl escrito. En ellos se logró plasmar la estructura incorporante de la lengua náhuatl, tan distinta de la de las lenguas indoeuropeas. Se logró también reducir los fonemas a una grafía fácil, tomando como punto de partida el español, el latín y, en menor medida, el griego y el árabe. Los nuevos fonemas propios del náhuatl, como el saltillo, fueron también registrados. Se puede decir que, aún con variantes locales, la grafía que aparece en

¹⁵ Redactada en español y náhuatl se guarda en el Archivo del Museo Nacional de Antropología e Historia. Ha sido publicada por Arthur J.O. Anderson *et alii* en *Beyond the Codices. The Nahuatl View of Colonial Mexico*, University of California Press, 1956.

¹⁶ Se conserva en el mismo repositorio que la anterior y ha sido publicada en el citado libro de Anderson.

¹⁷ Esta carta ha sido publicada en náhuatl con traducción al español por Miguel León-Portilla con el título de "Una comunicación en náhuatl sobre tributos", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas 1995, v. 25.

¹⁸ En realidad no queda ningún impreso de la edición pero conocemos el texto gracias a una copia contenida en el "Informe de los franciscanos al Lic. Juan de Ovando", de 1570. Fue publicada por primera vez por Joaquín García Icazbalceta en el *Códice Franciscano*, México, 1889, p. 34-61.

estos documentos es ya muy parecida a la que iba a perdurar para siempre.

Ahora bien esta buena correspondencia entre “letra y boz”, como decía Nebrija, no implica la idea de adecuación perfecta entre grafema y fonema, cosa que posiblemente ninguna escritura tradicional ha logrado. Además hay que tener presente que durante el periodo del que venimos hablando la escritura del castellano era todavía vacilante y ésto se reflejó en la grafía del náhuatl.

Ángel María Garibay nos ha dejado un balance de los contras y de los pros

Al pasar al alfabeto castellano la lengua náhuatl se sometió a las ventajas que tenía éste pero también hubo de sufrir sus defectos... ya que el alfabeto castellano no es perfecto. La variación de la escritura del castellano fue acarreado en el curso del tiempo una similar variación de la escritura en el náhuatl.¹⁹

Tras estas consideraciones, cobra más fuerza el logro de los escribanos y frailes de la pronta aceptación y dominio de la escritura alfabética. Es importante enfatizar este logro porque tuvo grandes repercusiones en la historia de la naciente Nueva España. Gracias a ellos, es decir a los frailes y escribanos se inició un proceso de rescate de la palabra y el pensamiento nahuas, de los códices y de la tradición oral. En la segunda mitad del XVI abundan ya los códices con escritura mixta, es decir pictográfica y alfabética; surgen importantes fuentes históricas y literarias en náhuatl con el alfabeto latino; y, comienza la redacción de numerosos papeles que nos cuentan la historia cotidiana de ciudades y pueblos, los *altepeme*, y la vida íntima de las gentes que en ellos vivía, los *altepemaitl* o *altepetlacatl*.

En resumen el tránsito de la lengua hablada a la lengua escrita se realizó de manera espontánea. Una vez más en el Nuevo Mundo se repetía lo que tantas veces había sucedido en el Viejo: que los textos escritos precedían a las gramáticas y vocabularios. De nuevo la palabra, a través de la expresión individual o de la colectiva funcionaba como la vanguardia creadora del lenguaje.

¹⁹ Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Editorial Porrúa, 1953, v. I, p. 15

*Las tres gramáticas del siglo XVI. Las obras de Olmos,
Molina y Rincón*

La codificación formal de la lengua cristalizó, ya se ha dicho, en 1547 cuando fray Andrés de Olmos terminó su *Arte de la lengua mexicana*, la primera del Nuevo Mundo.²⁰

Olmos llegó a México en 1528 con fray Juan de Zumárraga. En la década de 1530 vivió varios años en el recién creado Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco que pronto se convirtió en el centro más importante de docencia y de investigación sobre la lengua mexicana. En Santa Cruz entró en contacto con el náhuatl culto y este hecho fue fundamental para sus investigaciones en lenguas indígenas. Sabemos que en 1547, cuando terminó en Hueytlalpan el *Arte para aprender la lengua mexicana*, ya hablaba totonaco. De manera que este *Arte* fue concebido por un hombre que poseía un contexto lingüístico excepcional en su momento: conocía bien cuatro lenguas (castellano, latín, totonaco y náhuatl) y quizá ya había entrado en contacto con una quinta, la huasteca, la cual también llegó a dominar. Esto confirma la apreciación de fray Jerónimo de Mendieta, quien decía de él que tenía “don de lenguas”.

El *Arte*, fue el primer acercamiento firme en la comprensión de la lengua mexicana, la piedra miliar en la lingüística de América. Elaborado siguiendo la inspiración de la corriente más novedosa de su época, la de Nebrija, el libro está estructurado según un modelo propio. El mismo Olmos lo expresó en el primer capítulo cuando dice que aunque “la mejor manera y orden que se ha tenido es la que Antonio de Lebrixa sigue en la suya... no será reprehensible si en todo no siguiere la orden del arte de Antonio”. En estas palabras se clarifica la intención del autor al tomar de Nebrija sólo lo que le convenía. Para dar aquí al lector una idea, siquiera sumaria de esta aportación gramatical de Olmos, describiré brevemente su contenido.

El libro está dividido en tres partes y esto rompe el esquema de Nebrija, quien distribuye su gramática latina en cinco libros. La primera parte está dedicada al estudio de nombres, pronombres y adjetivos, con sus flexiones y composiciones propias. La segunda, trata de las conjugaciones y de las diferentes clases de verbos, así

²⁰ El *Arte* de Olmos no se publicó en su época. Corrió manuscrita como texto de estudio y de ella quedan seis copias. El americanista francés Rémi Siméon la publicó por vez primera en París en 1875. De entonces a acá se han hecho varias impresiones. La última, facsimilar del manuscrito conservado en Madrid, es la hecha por Ascensión y Miguel León-Portilla en 1993, patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la UNESCO.

como de la variedad de posibilidades que los verbos tienen de componerse y flexionarse. La tercera, algo más breve, comprende el estudio de las partículas y el análisis del lenguaje de los ancianos y otras "manera de hablar comunes". En rigor, estas tres partes se refieren casi por completo a la morfología, que es el tema principal de la obra de Olmos, y que sigue siendo el tema protagonista de muchas de las gramáticas actuales. En definitiva, fray Andrés rompe con el esquema clásico al introducir esta estructura tripartita, lo que constituye una gran novedad.

Respecto de la morfología, Olmos explica el nombre, el pronombre y el verbo en composición con un sistema de afijos para formar palabras-frases. Al tratar de la naturaleza del sustantivo, rompe con el modelo de declinación grecolatina y propone una nueva forma de estudio basada en el binomio de nombres primitivos y ayuntados, es decir, de nombres en estado absoluto y en estado relacionado. Este nuevo enfoque facilita la comprensión de la palabra-frase del náhuatl formada a partir de una poli-síntesis incorporante. Muy amplia y profunda es su explicación del funcionamiento del verbo porque dice "en ellos (los verbos) consiste toda la armadura del bien hablar".²¹ Aunque sigue el modelo de Nebrija al clasificar los accidentes de esta parte de la oración, deja bien claro que la estructura del mexicano es totalmente diferente a la de las lenguas europeas. Así lo manifiesta al tratar de la composición de los verbos con nombres, pronombres y partículas e incluso con otros verbos dentro de un sistema incorporante. Destaca también del verbo su naturaleza propicia a la flexión para transformarse en activo, intransitivo, pasivo, reflexivo, impersonal, reiterativo, causativo, reverencial e incluso en sustantivo verbal.

Esta captación de la naturaleza de la morfología cobra más fuerza si pensamos que Olmos no dedicó apartado especial a la sintaxis, sino que la explica al hablar de cada parte de la oración bajo el concepto, muy apropiado, de composición. Constantemente habla de cómo se componen unas palabras con otras; de manera que su explicación del artificio gramatical obedece a un modelo morfosintáctico propio.

Por último una breve precisión acerca de la fonética o prosodia. Aunque no dedica ningún capítulo a esta parte de la oración, le concede un lugar especial en el apartado "De la ortografía", en el capítulo tercero. Allí son enumeradas y descritas las "letras" (los fo-

²¹ Fray Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*. Edición y transliteración de Ascensión y Miguel León-Portilla, Madrid, ICI y UNESCO, 1993, vol. 2, p. 61.

nemas) del náhuatl. Resalta la dificultad de reducir los sonidos por vez primera a letras y lo hace valiéndose del castellano y del latín. Señala los casos en que "se añaden, mudan o pierden letras", es decir en que ocurren cambios morfofonémicos y marca sutilezas tales como el ensordecimiento de la consonante /l/ fenómeno que él registra añadiendo una *h*.

Puede afirmarse que en el contexto de las gramáticas de lenguas indígenas del Nuevo Mundo, el *Arte* de Olmos ocupa un lugar destacado, no sólo por ser la primera sino por su contenido. Rémi Siméon, más allá de sus críticas, destaca su "orden, claridad y concisión" y Miguel León-Portilla señala que fue la obra de fray Andrés "la más completa y acuciosa en su género de cuantas se elaboraron a lo largo del siglo xvi".²²

Contemporáneo de Olmos y más joven que él, Molina tiene lugar destacado dentro del panorama lingüístico del siglo xvi. Consta, gracias al testimonio de Mendieta, que Alonso de Molina "vino con sus padres niño a estas partes de la Nueva España luego como se conquistó. Y como era de poca edad, deprenió con facilidad la lengua de los indios mexicanos".²³ Puede afirmarse que, venido a México antes tal vez de 1524, llegó a tener al náhuatl, casi igual que al castellano, como lengua propia. De hecho se sabe que fue completamente bilingüe y que sirvió de intérprete a los primeros franciscanos. Como predicador y como investigador se sirvió del mexicano durante la mayor parte de su vida.

Cuando fray Alonso publicó su *Arte de la lengua mexicana y castellana*, en 1571, ya había sacado a luz varios trabajos relativos a la lengua náhuatl, además de su famoso *Vocabulario* de 1555.²⁴ Tuvo por necesario la publicación de una gramática ya que la de Olmos, que corría manuscrita, era accesible a muy pocas personas. Quiso, por otra parte, fray Alonso proporcionar una obra más sencilla que la de su precursor y asimismo más breve. Por ello, cuando apareció tuvo gran fortuna.

Pronto se agotó la primera edición y en 1576 salió la segunda, "más copiosa y clara que la primera", según se dice en la portada. Aunque es seguro que Molina consultó el *Arte* de Olmos, confirmó a su gramática una estructura totalmente diferente. Dividió su obra

²² Rémi Siméon, "Prólogo", *Grammaire de la Langue Náhuatl ou Mexicaine*, Paris, Imprimerie Nationale, 1875.

Miguel León-Portilla, "Prólogo" al *Arte para aprender la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos, Guadalajara, Edmundo Aviña Levy Editor, 1972.

²³ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, México, 1870, p. 685.

²⁴ El título completo de su gramática es *Arte de la lengua mexicana y castellana*, en México, por Pedro Ocharte, 1571, 5 p. de preliminares + 82 + 35, de texto, r. y v.

en dos partes. Recordemos que Olmos lo había hecho en tres y Nebrija en cinco. La primera parte está dedicada al estudio de la morfología, es decir al análisis de las ocho partes de la oración, “conforme a la lengua latina y castellana”. La segunda parte, mucho más breve, está orientada al conocimiento de la “Phrasis y maneras de hablar propias del mexicano”. En ésta, Molina profundiza en el estudio de estructuras muy peculiares del náhuatl, como son algunas formas verbales y diversos tipos de verbos. Da gran importancia a las diferentes maneras de contar según sea lo que se cuente, a juzgar por el número de páginas que dedica a este tema. Termina Molina con unas bellas consideraciones acerca de las dos maneras de hablar del mexicano, la vulgar, propia de las gentes sencillas y poco refinadas, y la culta, hablada por personas ilustres y curiosas. Advierte que su *Arte* está redactado dentro de esta segunda forma del mexicano y que mucho aprovechará para el que quiera aprender la lengua.

El *Arte* de Molina, aunque no fue punto de partida en este tipo de obras, si fue un instrumento importantísimo para el aprendizaje del náhuatl y para la redacción de trabajos posteriores. Las dos ediciones que de ella se hicieron en el XVI fueron las primeras en su género, gracias a las cuales un público relativamente amplio pudo acercarse al náhuatl desde una perspectiva académica.

La tercera y última gramática del siglo XVI se debe a un jesuita, Antonio del Rincón. Descendía éste de la nobleza de Texcoco. Su vida transcurrió en Puebla y en Tepotzotlán y, como otros religiosos del XVI, fue primordialmente maestro y evangelizador.

En 1595 se publicó la única obra que de él conocemos, el *Arte Mexicana*.²⁵ Es éste un trabajo más compendioso que el de sus predecesores, Olmos y Molina. Como Nebrija, Rincón divide su obra en cinco libros; los tres primeros están dedicados al estudio de la morfología, en especial del nombre y del verbo. El libro cuarto trata del arte de componer unos vocablos con otros, cosa tan propia de la lengua mexicana, y por último, el quinto —y ésto es novedad respecto de las artes precedentes— está dedicado por entero a la pronunciación y acento de la sílaba, es decir a aspectos fonológicos.

Interesante me parece destacar brevemente el capítulo que trata de las declinaciones contenido en el libro primero. Comienza Rincón asentando que el nombre en náhuatl no tiene declinación de casos sino de números, singular y plural. Y a continuación establece que son cinco las declinaciones. En la primera incluye los

²⁵ Antonio del Rincón, *Arte mexicana*, en México en casa de Pedro Balli, 1595, 7 p. de preliminares + 78 + 18 de texto, r. y v.

nombres que hacen el plural en *-me*, *-tin* y *-que*. En la segunda los que reduplican la primera sílaba y pierden la terminación final *-tl*. En la tercera pone a los nombres que repiten la primera sílaba y toman el sufijo *-tin*. En la cuarta, aquellos que pluralizan con un saltillo final y en la quinta, Rincón da cabida a los que toman los sufijos *-tzin*, *-tzinlli*, *-ton*, *-tonlli*, *-pol* y *-pil*, *-pipil*. En rigor, esta última declinación no está pensada en función de partículas pluralizantes sino diminutivas y despectivas.

Es obvio que fue muy desafortunado el empleo del concepto de “declinaciones” para enmarcar, no las modificaciones morfológicas que denotan los diversos papeles que puede desempeñar un sustantivo en la oración, sino las varias formas de expresar el plural. No obstante ésto, desde otro punto de vista, la clasificación de los modos de pluralización mantiene su interés. Este esquema tuvo éxito, como veremos, entre otros autores de artes coloniales que, sin mayores consideraciones críticas, lo adoptaron.

Ya mencioné como importante novedad en Rincón haber dedicado el último libro o parte de su obra a aspectos de la fonología del náhuatl. Su aportación en esta materia iba a ser notablemente enriquecida y precisada por otro jesuita del siglo xvii, discípulo de Rincón, Horacio Carocho. Termina Rincón su obra con un glosario de los términos nahua-castellanos que aparecen en su libro. A lo largo del *Arte*, el autor hace frecuentes comparaciones y toma muchos ejemplos de la gramática latina, sin dejar por ello de dar “nuevas reglas y nuevo estilo” siempre y cuando lo considera necesario, pues según dice en el prólogo, “la uniformidad (entre las lenguas latina y mexicana) en ésto sería gran disformidad”. Es en realidad la obra de Rincón una síntesis breve, pero rica en contenido, de la gramática del mexicano. Ello explica que fuera libro de texto en las escuelas jesuíticas.

Consideraciones finales

Se puede terminar esta rápida descripción de las tres primeras gramáticas del mexicano poniendo de relieve que en ellas se contiene una gran aportación lingüística: la de una imaginativa respuesta a las categorías gramaticales grecolatinas. Esta respuesta se manifiesta en tres innovaciones principales. La primera, la de adaptar el esquema de las *Introductiones latinae* de Nebrija. Ya hemos visto que Olmos crea, con gran acierto un esquema tripartito y Molina distribuye su obra en dos partes.

La segunda innovación está en el tratamiento de las categorías gramaticales, en especial el nombre, pronombre y verbo. Particularmente Olmos y Molina se apartan del modelo latino y explican la función de estas tres partes de la oración a partir de la naturaleza incorporante de la lengua náhuatl.

Tercera innovación, el acercamiento a la morfología y a la sintaxis. En las gramáticas de Olmos y Molina ambas partes son inseparables. Inclusive estos autores no usan la palabra sintaxis sino la más apropiada de composición. Esta perspectiva morfosintáctica "*avant la lettre*" sigue siendo la mejor para acercarse al náhuatl y a otras lenguas mesoamericanas.

En resumen, al analizar el contenido de las artes vemos que más allá de una burda imposición de las categorías gramaticales grecolatinas, existe una sutil percepción de la naturaleza de las nuevas lenguas. En realidad, sería fascinante para cualquier lingüista el estudio comparativo del arte de la conjunción y articulación entre las estructuras propias de las lenguas mesoamericanas y aquellas otras tan absolutamente distintas de las lenguas indoeuropeas. Ello nos llevaría a comprender cómo los misioneros del XVI, por vez primera en la historia, pudieron integrar dos sistemas lingüísticos tan esencialmente diferentes. Una pluma anónima del XVIII ha dejado plasmado en un verso este logro del que venimos hablando. El verso se encuentra en el "Prólogo" al *Arte de la lengua mexicana*, de fray Juan Guerra, publicada en 1692

El lenguaje de la tierra
y el latín eran contrarios
y modos de su arte varios
hicieron paces con Guerra.
En contienda tan prolija
si éste tiene a Cicerón
en Guerra, aquel por blasón
un mexicano Nebrija.

Sólo me resta decir que estas tres gramáticas normaron y reforzaron la enseñanza del náhuatl en las escuelas y contribuyeron a una mejor redacción de los escritos de frailes y escribanos. La codificación gramatical de la lengua hizo posible la calidad y cantidad de los textos en náhuatl que han llegado hasta nosotros, algunos en regiones tan alejadas como el Soconusco y Guatemala. Y, si es verdad que estos textos constituyen un capítulo en la historia de la filología, no lo es menos que en ellos se guarda la palabra

de un pueblo. La lengua escrita fue así la nueva morada, o soporte diríamos hoy, de una forma de pensamiento que por siglos se había transmitido a través de la tradición oral y los libros de pinturas.

Terminaré estas consideraciones sobre la trascendencia del paso de la palabra hablada a la escrita con una reflexión que Nebrija hace en su *Gramática castellana* al hablar de la invención de las letras y que ilustra muy bien el valor de la palabra escrita en el mundo mesoamericano. En el capítulo II del libro I nos dice el famoso gramático que “entre todas las cosas que por experiencia, los ombres hallaron... ninguna otra fue tan necessaria, ni que mayores provechos nos acarrease, que la invención de las letras”. Y, más adelante, el explicar “De cómo las letras fueron halladas para representar las bozes”, nos da la razón final de la escritura: “La causa de la invención de las letras primeramente fue para nuestra memoria, y después, para que por ellas pudiesemos hablar con los absentes e con los que están por venir”. He aquí, en esta corta frase, el valor sumo de la palabra escrita: el hilo que hace posible el pensamiento que, desafiando al presente, nos permite dialogar con los que nos precedieron y con los que nos seguirán, trascendiendo todos los tiempos y espacios de hombres y pueblos.

